La madre y el Pequeño



Al amanecer de aquel día 15 de junio, sí estaba. Como siempre, acostada en la silla. La de plástico verde, en la terraza frente al jardín. Y, al verla, me alegré. Desde hacía más de un mes, se le veía triste, cansina, con los ojos lagrimosos, casi a todas horas durmiendo y, cuando se le llamaba, respondía con un débil tono de voz. Como si apenas tuviera fuerzas para articular ningún sonido y, además, tosía. Al intentar proferir alguna respuesta o queja, abría la boca y tosía lastimeramente. Por eso, al mirar con sus ojos llorosos y casi cerrados, se le notaba claramente que suplicaba una caricia. Como si tuviera una gran necesidad de mimos, de sentirse protegida, aceptada, acurrucada.

Por eso yo, al verla acostada en su silla predilecta y después de varios días sin saber de ella, me acerqué y le dije:
- ¡Hombre! Qué bien que de nuevo estés por aquí. ¿Cómo estás y que ha sido de ti en estos últimos días?
No pude evitar que por mi cara rodara una lágrima. Le puse junto a ella, la acaricié mientras le seguía preguntando cosas. Ya he dicho que, aunque hacía un esfuerzo para agradecerme la amistad, no tenía fuerzas. Le regalé unos trocitos de carne y se los comió. Mientras me miraba con los ojos cerrados y mientras masticaba con parsimonia. Su barriga era tan grande que casi no podía con ella. De nuevo le pregunté:
- ¿Cuándo nacen tus nuevos bebés y cuantos serán ahora?
Aunque creo que me entendió, como tantas otras veces, seguía mostrando su enorme debilidad.

Unos minutos después, le regalé una nueva caricia. Y, al hacerlo, algo dentro de mí me estaba diciendo que sería la última caricia en su vida. Por eso otra vez rodando un par de lágrimas por mi cara y me levanté. Ella abandonó su silla de plástico verde, caminó lentamente hacia el pasillo del jardín y, a los cinco metros, se sentó. Volvió su cabeza como intentando decirme adiós y yo lo entendía. Por eso, durante unos segundo más, la estuve mirando. Sentada sobre las baldosas del pasillo y mirando al frente. Por donde la tarde se iba por entre la

espesura de los cedros, los naranjos y las hiedras. Antes de entrar a la casa otra vez le dije:
- Ve a lo tuya, a lo que tengas o quieras hacer pero luego vuelve. Esta silla en la terraza frente al jardín, no tendrá ningún sentido si tú no estás en ella. Y verla vacía y sin ti, da pena, mucha pena. Vez a lo que tengas que ir pero vuelve y sigue por aquí llenando las mañanas, las tardes y las noches con tu presencia.
Tampoco ahora hubo ninguna respuesta. Entré para la casa, la miré por última vez y me fue a mis cosas. Con ella en mi mente y sin hacerme a la idea que era la última vez que la viera. Sus últimos momentos en la terraza del jardín, decorando con su blanco color y alegrando con su elegante figura.

A lo largo de varios años había sido la hermosura del jardín y el gozo de todos los que nos movíamos por aquí. Tan plácida hermosa era su actitud pacífica que, solo verla, inspiraba ternura, amor, respeto. Como si, con su simple presencia, alegrara el alma. Como si tuviera ella un arte especial para ganarse el corazón de más salvaje de los humanos. Por eso ya le tenía un especial cariño. Y tan especial que varias veces a lo largo del día, sentía necesidad de verla, llamarla, acariciarla y estar un rato a su lado. Y más creció en mi el cariño por ella a partir de aquel momento en que, tres meses atrás, trajo al mundo tres pequeños.

Fue un día de invierno y por eso llovía y hacía mucho frío. Dos días antes ya su barriga era tan gorda que apenas podía andar. Tampoco podía dormir y por eso se acostaba de un lado, luego del otro, con la barriga pegada al suelo y de ningún modo estaba cómoda. Caminaba solo unos metros y se volvía a acostar. Pero aquel día de invierno, de pronto desapareció. Todos la buscamos por todos los rincones del jardín y hasta los tres días no la encontramos. Estaba en la ladera de los pinos, donde el algarrobo y en el agujero de una roca.

Llamándola iba por allí y, al oírme, salió del agujero

El Pequeño

1- Ya ha pasado el invierno, la Semana Santa en Granada, las Cruces de mayo y casi por completo la primavera. Ya son los días mucho más largos y hace calor y ni siquiera nubes hay en el cielo. Se acerca la feria de Granada y, con esta fiesta, la llegada del verano y el calor asfixiante que casi siempre trae consigo esta estación del año.

En el campo y, en especial por las tierras del Cortijo de la Viña, las plantas se ven repletas de vida. En los árboles las almendras ya están muy desarrolladas, muy gordas se ven las nuevas cerezas, los naranjos y limoneros están cuajados de flores, los membrillos y las granadas también se ven ya muy hechas y lo mismo muchas plantas en la huerta: las habas, los ajos, las cebollas, las lechugas, los pimientos y tomateras. Y, un poco más arriba y por la Vega de Granada, las cosechas de cereales, trigo, cebada y avena, verdean fuertes y se extienden como prados prometedores.

En dos pinceladas, esta es la presencia de vida por las tierras del Cortijo de la Viña, al norte de Granada y por las montañas que rodean. Pero ¿y dentro del cortijo mismo? ¿En sus habitaciones, salas y pasillos? Desde que faltan ellas, dos años y algo más, nada en el cortijo igual. Porque, aunque parezca mentira, se les echa de menos. A Guela, a Lera, a Yulia, a las que vinieron después y, sobre todo, a Albina. Se fue, la que la niña llamaba “Luz del Alba”, sin despedirse de nosotros. Sin darnos un beso, sin decirnos y nosotros, a pesar de aquellos días tan malos, no la hemos olvidado. Creímos,

desde el primer momento, en la bondad de su corazón y aun seguimos manteniendo esta opinión.

Por eso, en el Cortijo de la Viña, en muchos momentos, parece que ya nada es lo mismo y que nunca más volverá a serlo. Las echamos de menos en cada momento. La niña me lo dice una vez y otra y yo lo noto sin quererlo. Y, ahora que la primavera, una vez más despliega sus colores y olores de hada mágica, más y más el corazón las recuerda. Ni siquiera Granada, la ciudad del misterio, de la luz y de las esencias, parece hermosa. Cuando, al caer las tardes algunos días damos un paseo por la ciudad, un extraño vacío parece retumbarnos continuamente en el corazón. Es como si nada tuviera sentido ni sirviera desde que se fueron.

Me decía la niña la otra tarde:
- Y lo peor de todo es que ni siquiera hemos podido decírselo a ellas.
- ¿Qué es lo que no hemos podido decirle?
- Esta forma de vacío que por aquí han dejado. Este no poderles olvidar, este echarlas tanto de menos. Pienso que si, al menos hubiéramos podido compartirlo con ellas, tendría algún sentido.
Y, al oírle esto, a veces guardo silencio. Otras veces miro a la blancura de la nieve sobre las cumbres de Sierra Nevada y luego miro al cielo. También como ella me encuentro desorientado. Porque sé que habla con fundamento y es sincero lo que siente y dice.

Quizá por esto, en algunas ocasiones, le digo:
- Vamos aprendiendo.
Y me pregunta:
- ¿Qué es lo que vamos aprendiendo?
- La realidad concreta de la vida y que solo puede enseñar el paso del tiempo. Ya ves, en otras ocasiones, hasta rezábamos por ellas.
Y la niña guarda silencio. También sabe que, desde hace algún tiempo, creemos en el cielo de otra manera. Ya no esperamos

del modo en que lo hacíamos antes. Ahora guardamos silencio y sabemos que muchas cosas no volverán a ser nunca jamás, tal como las imaginábamos en nuestros sueños.

2- Pero el cielo no abandona nunca. Y, tanto es así, que a veces hasta da sorpresas. Cuando uno menos se lo espera y, en los momentos de más desánimos, sorprende con lo que jamás hubiéramos esperado. Y lo digo tan convencido porque esto es lo que a nosotros nos ha sucedido. Y justo aquí, en las tierras y rincones del Cortijo de la Viña.

Iba avanzando el invierno y los días eran fríos. Llovía por las tardes y por las noches y las tierras se cubrían con el verdor propio de la vida. Por entre las nogueras de la cañada del balneario, íbamos una tarde de estas, simplemente dando un paseo. Mirando las sencillas cosas que la naturaleza mostraba y dando un repaso a los recuerdos. Trazamos la curva del caminillo y ya estábamos frente a la cascada del arroyo del balneario. Me dijo ella:
- Cuando por aquí pasaron, en aquellos días de su presencia en Granada, siempre dejaban estos rincones vestidos de su gracia.

Y, me disponía a un pequeño comentario a lo que acaba de expresar, cuando sentimos su llamada. No la llamada de las amigas que en ese momento íbamos recordando sino la de un pequeño animal para nosotros nuevo. Por eso nos paramos, miramos y preguntó la niña:
- ¿Qué será?
Respondimos a la llamada intentando descubrir y recibimos una respuesta. De nuevo el animal se oyó y ahora pudimos distinguir que eran maullidos de un gato. Bajamos un poco por la ladera y, tras unos peñascos y matas, lo vimos. Era un gato blanco, semejante a nieve, muy reluciente y muy regordete. Se acercó a nosotros. Llamándonos como si nos hubiera conocido de toda la vida. De este mismo modo le respondía la niña. Por

eso el animal se vino hacia ella, dando la impresión de implorar una caricia y, al mismo tiempo, sentirse protegido.

Esto hizo que la niña comentara:
- ¡Fíjate que cariñoso! Parece como si nos conociera de toda la vida. Y también parece que hubiera sido abandonado por su dueño.
Observando a la niña y recreándome en la presencia del animal, comenté:
- Sí, parece que lo que dices. Que alguien lo ha dejado abandonado. Seguro porque ya no puede tenerlo en el piso o seguro porque ya no lo quiere.

Esto dije yo creyendo que las cosas podrían ser así. Y también porque bien sabía que, como la niña, que en las tierras del Cortijo de la Viña, nunca antes habíamos visto a un gato como el que teníamos antes nosotros. Y, como parecía tan bueno y al mismo tiempo tan despreciado, de nuevo comentó ella:
- Lo acogeremos entre nosotros, le daremos de comer y lo haremos nuestro amigo.
Y, sin más, después de algunas caricias y palabras de ánimo, ella se lo fue llevando hacia la puerta del cortijo. Le decía:
- Vente conmigo. Quiero que conozcas donde vivo. Si te gusta mi cortijo, a partir de ahora mismo, será tu palacio. Y yo te cuidaré para que tu vida no sea muy desgraciada. No lo sabes pero te contaré que también nosotros nos hemos quedado sin amigos.

Comenzó la niña a subir por la ladera y vi que el animal la seguía. La primera la llamaba y la segunda seguía sus pasos totalmente confiada. Me di cuenta que era hembra. Y me di cuenta que su pelo era largo y sedoso. Como lana de corderillo recién nacido. Por eso le dije a la niña:
- ¿Sabes? Creo que es de raza de angora. Una raza de gatos que proceden de Turquía, de la capital de Ankara y que son de carácter muy tranquilos.

- Sí, ya lo estoy viendo. ¡Es tan bonita y mansa que me va a gustar mucho tenerla por amiga!